

Mirando al final del alba, de Arturo Alape *

Miguel Ángel Manrique Ochoa
Departamento de Humanidades y Letras
Universidad Central

Dentro de la visión platónica, la memoria –*nemi*– es salvación, en tanto que el recordar –*annamesis*– es el factor que fundamenta el buen conocimiento. El recuerdo es, según Platón, el artificio que permite la constitución de la razón. Establece una línea, una relación entre el mundo de las ideas, suprasensible, y el mundo temporal. Bergson, por su parte, establece una diferencia entre la memoria mecánica y la memoria representativa. Esta última, según dice, es la que establece la continuación del ser humano como biografía. Las crisis serían entonces, para Bergson, una ruptura en la continuidad de esta memoria representativa. El trabajo de la memoria se sustenta en la rememoración y la anticipación, permitiendo que el hombre vaya más allá de su condición actual. La memoria siempre está situada en una época histórica –utópica, apocalíptica, gnóstica–, y ello determina la unión del mundo y del hombre. El lugar de la memoria es, pues, el espacio social, porque es allí donde se da la invención de lo cotidiano. Y, a su vez, la memoria pública se convierte en el almacenamiento de lo

* Alape, Arturo. *Mirando al final del alba*. Bogotá, Planeta, 1998.

social. El hombre participa, por lo tanto, de un tiempo existencial, la *durée*, contrario al tiempo cronológico. Y ese tiempo existencial es el tiempo de la memoria, donde el recordar es una práctica porque es móvil y revisable.

Mirando al final del alba es, pues, una historia sobre la búsqueda de la memoria. Damián y Margoth seleccionan determinadas ficciones e historias, rescatándolas del olvido gracias a su pasión por el cine y la fotografía. El pasado se vuelve en esta novela un pre-texto para configurar lo que Moris Halbwachs denominó memoria colectiva. Tanto el documental que la pareja de personajes rodó acerca del basurero de Cali en los años setenta, como el documental sobre la vida del caudillo indígena Quintín Lame, que obsesionó el trabajo de Damián una década después, son expresiones de esa memoria representativa opuesta y ajena a la memoria oficial. “Quintín Lame es la memoria que ando buscando, loco” (122), responde Damián a Javier. Así, la cámara, como protagonista esencial de la narración, no es un artefacto para revivir el pasado, sino para re-construirlo en el presente. La novela también nos habla de la imagen que se apodera del espacio social. La fotografía, el film, construyen una parte de esa memoria colectiva que, como memoria cultural, se modifica, se cambia, se intercambia de acuerdo con el propio presente y permite que los hombres adquieran un punto de vista. De esta manera, el documental permite administrar la memoria colectiva mediante la elección de ciertas formas simbólicas y de ciertas cargas efectivas y afectivas, inherentes al imaginario colectivo.

Pero *Mirando al final del alba* no sólo nos habla de la memoria; también nos habla del olvido, que es su contraparte. De la amnesia ya no social sino política, institucional: Colombia como la tierra del olvido. La novela nos habla de la ausencia de pluralismo político, de la marginalidad, la pobreza, la miseria y la clandestinidad, en un contexto social y cultural determinado por el desencanto revolucionario de la segunda mitad del siglo XX. Y también nos habla de un olvido más íntimo, más referido a la crisis de madurez de los personajes protagónicos, Damián y Margoth. Él ha olvidado el cuerpo de ella tras quince años de matrimonio, ha olvidado el deseo; y Margoth quiere recuperarlo, pero su cuerpo de cincuenta años ha olvidado sus antiguas formas y volúmenes. La aparición de Magnolia, una niña-mujer rescatada del basurero de Cali, la aparta de la posibilidad de re-conquistar a Damián y la pérdida se vuelve total. Desde el punto de vista narrativo, *Mirando al final del alba* también funciona como producto de la memoria. Javier, el personaje amigo de Damián, es a su vez el narrador, el sujeto que recuerda, y también el sujeto que escribe. La historia contada por Javier, probable álgter ego del autor, es un acto autorreflexivo. Javier tiene conciencia de pertenecer al mundo de las palabras, de la ficción. Así, en el capítulo titulado “Un niño grita su desolación”, escribe: “Me oprime la desesperanza, no sé si tenga derecho a continuar contando la historia de Damián, a inmiscuirme a través de la palabra escrita –historia verídica, historia inventada o rasgos de la invención y lo vivencial, finalmente ficción– en los senderos de una vida que yo no he trazado” (87). Por lo tanto, el lector es conducido a una toma de conciencia sobre lo que está leyendo en una baraja de posibilidades que al final se encuentran en la ficción. La “exigencia realista” en los nueve capítulos que conforman esta obra es reemplazada por la reflexión crítica; los contenidos estrechamente nacionalistas por el cosmopolitismo; y el

compromiso político por el formalismo y “otras formas de irresponsabilidad literaria”, tales como la intertextualidad, la parodia y la re-citación.

Como moderna novela de la violencia en Colombia, *Mirando al final del alba* ahonda en estos aspectos, permitiéndole abarcar el fenómeno de la Violencia en sus múltiples manifestaciones: como la mitificación de los hombres que la iniciaron y algunos de los porqués éticos sobre su origen. Alejada del provincianismo, *Mirando al final del alba* se entronca con un concepto amplio de cultura y de historia; de cultura como selección, y de historia como perpetuación de las continuidades, como ficción, como reconstrucción que permite la convivencia del individuo. Damián, Margoth, Magnolia, Javier, la Negra Galvis, el viejo Daniel, no sólo están sumergidos en el mundo de los lenguajes; también lo están en la Historia y, por lo tanto, la interpretan desde los medios de su historia particular, de sus memorias.

hojas Universitarias.....